

Se hicieron muchas tentativas para acomodar al teatro frances algunas perfecciones del ingenio ingles, varios efectos del teatro aleman; y, si se exceptúa un cortisimo número *, estos ensayos lograron instantáneos triunfos, pero ninguna reputacion durable. Es que el enternecimiento en las tragedias, como la risa en las comedias, no es mas que una pasagera impresion. Si no hemos adquirido una idea mas con la causa misma de nuestra impresion, si la tragedia que nos ha hecho llorar no deja tras sí el recuerdo de una observacion moral, ni el de una situación nueva sacada del impulso mismo de las pasiones, la conmocion que ella excita en nosotros es un gusto mas inocente que el combate de los

* Ducis, en algunas escenas de casi todas sus piezas; Chenier, en el cuarto acto de *Carlos IX*; Arnault, en el quinto de los *Vencianos*, introdujeron en el teatro frances una nueva especie de efecto notabilísimo, y que pertenece mas al ingenio de los poetas del Norte que al de los poetas franceses.

gladiatores; pero esta conmocion no engrandece mas el pensamiento y afectos.

Hay en una obra alemana una observacion que tengo por perfectamente justa, es que las buenas tragedias deben hacer mas fuerte el alma despues de haberla partido. En efecto, la verdadera grandeza genial, en qualquiera dolorosa situacion que nos la representemos, infunde en los espectadores un impulso de admiracion que los hace mas capaces de arrostrar con la adversidad. El principio de la utilidad vuelve á hallarse en esta especie como en todas las demas. Lo que es realmente admirable, es lo que hace mejor al hombre; y sin estudiar las reglas del gusto, si se conoce que una composicion teatral obra sobre nuestro propio genio perfeccionándole, se tiene la seguridad de que ella contiene verdaderos rasgos de ingenio. No algunas máximas morales, sino el progreso genial y la combinacion de los sucesos naturales producen semejante efecto en el teatro; y tomando esta opinion por guia, se podria

juzgar con que piezas estrangeras podemos enriquecernos.

No basta conmover el alma, sino que es preciso ilustrarla; y no puede tener una licencia para cuantos efectos hieren la vista solamente, como los sepulcros, suplicios, sombras, combates, mas que en cuanto sirven ellos directamente para la pintura filosófica de un elevado genio ó profundo afecto. Todas las inclinaciones de los hombres discursivos se dirigen hácia un razonable fin; y un escritor no es digno de verdadera gloria, mas que en cuanto se vale de la conmocion para algunas grandes verdades morales.

Las circunstancias de la vida privada bastan para el efecto del drama, mientras que es menester, en general, que se vean comprometidos los intereses de las naciones en un acaecimiento, para que él pueda ser el asunto de una tragedia. No obstante esto, debe buscarse la magestad trágica mucho mas en la elevacion de las ideas y profundi-

dad de los afectos, que en los recuerdos y alusiones históricas.

Vauvenargue dijo que *los grandes pensamientos dimanan del corazon*. La tragedia pone esta sublime verdad en accion. La pieza de Fenelon está fundada, sobre un hecho que pertenece enteramente á la especie dramática: sin embargo basta con el papel y recuerdo de este inclito varon para formar de semejante pieza una tragedia. El nombre de M^e de Malesherbes, su noble y horrenda suerte, suministrarian materia para la mas patética tragedia del mundo. Una eminente virtud, un vasto ingenio, estas son las nuevas magestades que deben caracterizar la tragedia; y todavía mas que todo la idea de la desgracia, tal como hemos aprendido á experimentarla.

No me parece dudoso que la naturaleza moral es mas enérgica en sus impresiones que lo que nuestros trágicos franceses, los mas admirables por otra parte, la espresaron todavía. Cuantos esplendores se derivan de las clases supremas, introducen en los asuntos

trágicos una especie de respeto que no permite al hombre el luchar cuerpo á cuerpo con el hombre; cuyo respeto debe dejar á veces algun vacío en el modo de caracterizar los impulsos del alma. Las espresiones encubiertas, los afectos reprimidos, las conveniencias contemporizadas, suponen una especie de talento muy notable; pero no pueden pintarse las pasiones en medio de todas estas dificultades, con la energía dolorosa, con la íntima penetración que la mas completa independencia debe infundir.

Bajo un gobierno republicano, lo que debe haber de mas magestuoso para el pensamiento, es la virtud; y lo que hierde mas la imaginación, es la desgracia. No sé si la gloria misma, única pompa de la vida que el espíritu filosófico pueda honrar, no sé si el talento de la gloria misma conmoveria tan poderosamente á unos espectadores republicanos, como la pintura de las conmociones que se corresponden con todo nuestro ser por su conformidad con la naturaleza humana.

El espíritu filosófico que generaliza las

ideas, y el sistema de la igualdad política, deben imprimir un nuevo carácter á nuestras tragedias. No es una razon para desechar los asuntos históricos; pero es necesario pintar á los varones insignes con los afectos que despiertan en favor de ellos la simpatía de todos los corazones, y realzan los hechos oscuros por medio de la magestad genial; es preciso ennoblecer la naturaleza, en vez de perfeccionar las ideas de convencion. No es necesario imitar la irregularidad é inconsecuencia de las piezas inglesas y alemanas; pero seria una especie de perfecciones nuevas para nosotros, y para los estrangeros mismos, el hallar arte de dar alguna magestad á las circunstancias comunes, y pintar con simplicidad los sucesos famosos.

El teatro es la vida noble; pero él debe ser la vida; y si la mas vulgar circunstancia sirve de contraste para grandes efectos, es necesario hacer uso de bastante talento, en hacerla admitir, para estender los límites del arte sin ofender el buen gusto. Ninguno igualará jamas, en la especie de las perfec-

ciones ideales, á nuestros primeros trágicos. Conviene tratar pues, con la medida de la razon, con la sabiduría del espíritu, de valerse con mas frecuencia de los medios dramáticos que traen á la memoria de los hombres sus propios recuerdos; porque ninguna cosa los conmueve tan profundamente*.

La naturaleza de convencion, en el teatro, es inseparable de la aristocracia de las clases en el gobierno; y no es posible sostener la una sin la otra. Privado de todos estos recursos ficticios el arte dramático, no puede acrecentarse mas que con la filosofía y sen-

* El público frances acoge dificilmente en el teatro los ensayos de una nueva especie; admirador, con fundamento, de las obras maestras de que es poseedor, piensa que quieren hacer retroceder el arte, cuando uno se desvía del camino que abrió Racine. No tengo sin embargo por cosa imposible el acertar en un nuevo camino, sabiendo dirigir con talento algunos efectos no aventurados todavía en el teatro; pero para que esta empresa salga acertada, es necesario que la dirija el mas severo gusto. Basta un conocimiento general de los preceptos de la literatura para no es-

sibilidad; pero no hay limites en esta especie; porque el dolor es uno de los mas poderosos medios de progreso para el ingenio humano.

Pasa la vida, por decirlo así, sin percibir la los hombres dichosos; pero cuando está en pena el alma, se multiplica el pensamiento para buscar una esperanza ó descubrir un motivo de pesar, para profundizar lo pasado, para adivinar lo futuro; y aquella facultad de observacion que, en la paz y felicidad, se dirige casi enteramente hácia los objetos exteriores, no se ejercita en la adversidad mas que sobre nuestras propias impre-

traviarse, sujetándose á las reglas de uso; pero el que quiere triunfar de la natural repugnancia de los espectadores franceses para lo que llaman ellos el género ingles ó aleman, debe cuidar con sumo esmero de cuantos visos pueden reprobarse por la delicadeza del gusto. Es menester ser atrevido en la concepcion, pero prudente en la ejecucion, y seguir sobre este particular en literatura una máxima igualmente verdadera en política: cuanto mas arriesgado es el conjunto, tanto mas solícitas deben ser las precauciones de las particularidades.

siones. La infatigable accion de la pena hace pasar y repasar de continuo en nuestro corazon ideas y afectos que martirizan nuestro ser dentro de nosotros mismos, como si cada momento acarreará un nuevo suceso ¡Qué inagotable fuente de reflexiones para el ingenio!

Los preceptos del arte trágico no ponen tantas trabas á los asuntos que pueden elegirse, como las dificultades anejas á la existencia de la poesia. Lo que sería tierno y propio en la lengua usual, puede ser ridículo en verso. La medida, la armonía, la rima, vedan algunas espresiones que, en cierta situacion supuesta, podrian surtir un efecto mayor. Las verdaderas conveniencias del teatro no son más que la magestad de la naturaleza moral; las conveniencias poéticas dependen del arte de los versos en sí mismo, y si á menudo aumentan ellas la impresion de una especie de primores, ponen límites á la carrera que el ingenio, observador del corazon humano, podria recorrer.

No se daría crédito, en la realidad, al dolor de un hombre que pudiera espresar en

verso sus pesares por la muerte de un ser al que hubiera profesado sumo amor. Un cierto grado de pasion inspira la poesia; otro mas repugna con ella. Hay pues necesariamente una profundidad de pena, una especie de propiedad que la espresion poética debilitaría, y situaciones simples en la vida que el dolor hace terribles, pero que no podemos sujetar á la rima, ni revestir con las imágenes que él exige, sin introducir en ello ideas ajenas de la serie natural de los afectos. No puede negarse sin embargo que una tragedia en prosa, por mas elocuente que ella pudiera ser, excitaria desde luego mucho ménos admiracion que nuestras obras maestras en verso. El mérito de la dificultad vencida, y el encanto de un ritmo armonioso, todo ello sirve para realzar el doble mérito del poeta y del autor dramático. Pero la reunion misma de estos dos talentos fué una de las principales causas de las grandes diferencias que existen entre la tragedia francesa y la inglesa.

Los personages oscuros de Shakespeare

hablan en prosa, sus escenas de transicion son en prosa; y aun cuando él se sirve de la lengua de los versos, no siendo rimados estos versos, no exigen, como en frances, un esplendor poético casi continuo. No doy sin embargo el consejo de probar en Francia tragedias en prosa, á las que se habituaria el oido dificultosamente; pero es preciso perfeccionar el arte de los versos simples, y naturales en tantó grado, que ellos no distraigan, ni aun con algunos primores poéticos, de la profunda conmocion que debe embeberse cualquiera otra idea. Ultimamente, para abrir una nueva fuente de conmociones teatrales, seria menester hallar una especie intermedia entre la naturaleza de convencion de los poetas franceses y los defectos de gusto de los escritores del Norte.

Se estiende la filosofia á todas las artes de imaginacion, igualmente que á todas las obras de racionio; y el hombre, en este siglo, no tiene ya curiosidad mas que por las pasiones del hombre. Por afuera, todo está visto y juzgado; únicamente el ser moral,

en sus interiores impulsos, permanece todavía objeto de sorpresa, y puede causar una impresion fuerte. La tragedia, eficacísima sobre el corazon humano; no es la que nos representará las ideas comunes de la existencia vulgar, ni la que nos pintará genios y situaciones casi tan remotos de la naturaleza como las ficciones de la hechicería: sino la que pudiera mantener al hombre en los afectos mas puros que él haya experimentado en todos tiempos, y atraer el alma de los oyentes cualesquiera que ellos sean, hácia el mas noble impulso de su vida.

La poesia de imaginacion no hará ya progresos en Francia: se usará de ideas filosóficas ó afectos apasionados en los versos; pero el talento humano ha llegado, en nuestro siglo, á aquel grado que no permite ya las ilusiones, ni el entusiasmo que inventa pinturas y fábulas propias para dejar atónitos los ánimos. El ingenio frances no fué jamas muy notable en esta especie; y ahora no pueden aumentarse los efectos de la poesia, mas que espresando, en este hermoso len-

guage, los nuevos pensamientos con que el tiempo debe enriquecernos.

Si quisiéramos servirnos todavía de la mitología de los antiguos, sería realmente recaer en la niñez con la vejez; el poeta puede tener licencia para todas las invenciones de un espíritu delirante; pero es necesario que podamos creer en la verdad de lo que él experimenta. Pues bien, la mitología no es una invencion ni afecto para los modernos. Es necesario que ellos busquen en su memoria lo que los antiguos hallaban en sus habituales impresiones. Aquellas formas poéticas, tomadas de los antiguos; no son para nosotros mas que la imitacion de la imitacion; es pintar la naturaleza al traves del efecto que ella produjo en otros hombres.

Quando los antiguos personificaban el amor y la beldad, tan léjos de debilitar la idea que podia concebirse de ellos, la hacian mas palpable, la animaban á la vista de los hombres, que no tenian formado mas que un confuso concepto de sus propias impresiones. Pero los modernos observaron los impulsos

del alma con una tan grande penetracion, que les basta el saber pintarlos para ser elocuentes y apasionados; y si ellos abrazaran las ficciones anteriores á este profundo conocimiento del hombre y de la naturaleza, quitarian á sus pinturas el nervio, los visos, y la verdad.

Aun en las obras de los antiguos ¿cuanto no preferimos las observaciones que en ellas se hallan sobre el corazon humano, á todo el lucimiento de las mas sobresalientes ficciones? ¿Pinta la imágen del Amor que toma los rasgos de Ascanio para inflamar á Dido, jugueteándose con ella, pinta esta imágen, digo; tan bien el origen de un apasionado afecto, como los tan admirables versos que nos espresan las inclinaciones é impulsos que la naturaleza infunde en todos los corazones?

Recordando á los antiguos quanto los circundaba los dioses del paganismo, debian mezclar la memoria é imágen de estos con todas sus impresiones; pero quando los modernos imitan sobre este particular á los an-

tiguos, no puede ignorarse que ellos beben en los libros recursos para hermopear lo que solo el afecto bastaba para animar. Se da á conocer siempre el trabajo del talento, por mas hábilmente que sea dirigido; y no nos dejamos llevar ya de aquel ingenio, involuntario por decirlo así, que recibe una conmoción en vez de buscarla, que se abandona á sus impresiones en vez de elegir sus medios de efecto. El objeto real del estilo poético debe ser el de estimular, con imágenes nuevas y propias juntamente, el interes de los hombres para las ideas y afectos que ellos experimentaban sin noticia suya; la poesía debe seguir, como cuanto depende del pensamiento, el curso filosófico del siglo.

Es preciso estudiar los modelos de la antigüedad para penetrarse del gusto y especie simple; pero no para alimentar incesantemente las obras modernas con las ideas y ficciones de los antiguos; la invención que se mezcla con semejantes reminiscencias, está casi siempre en oposición con ellas. A cualquiera grado de perfección que se llevara el

estudio de las obras de los antiguos, se podría imitarlos; pero sería imposible el inventar como ellos en su especie. Para igualarlos, no es menester dedicarse á seguir sus huellas; cogieron ellos ya en su campo, y vale mas desmontar el nuestro.

El escaso número de ideas mitológicas de los poetas del Norte, es mas conforme con la poesía francesa, porque ellas concuerdan mas; como he tratado de probarlo, con las ideas filosóficas. La imaginación, en nuestro siglo, no puede valerse de ninguna ilusión; puede exaltar ella los afectos reales; pero es preciso siempre que la razón apruebe y comprenda lo que el entusiasmo hace gustar*.

Existe una nueva especie de poesía en las obras de J. J. Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre; es la observación de la naturaleza en sus relaciones con los afectos que ella hace experimentar al hombre. Personifi-

* Delille, Saint-Lambert y Fontanes, nuestros mejores poetas en la especie descriptiva, se han acercado mucho al carácter de los poetas ingleses.

cando los antiguos cada flor, cada rio, cada árbol, habian apartado las impresiones simples y directas, para sustituirlas con lucidas quimeras; pero la Providencia puso una tan grande relacion entre los objetos físicos y el ente moral del hombre, que no es posible añadir nada al estudio de los unos que no sirva al mismo tiempo para el conocimiento del otro.

No separamos en nuestra memoria el ruido de las olas, la obscuridad de las nubes, las aves espantadas, y la relacion de los afectos que llenaban las almas de Saint-Preux y de Julia, cuando en el lago que ámbos atravesaban juntos, *se entendieron por la última vez sus corazones.*

La feraz naturaleza de la isla de Francia, aquella activa y multiplicada vegetacion que se halla bajo la línea, aquellas horrendas tempestades que se siguen rápidamente á los mas hermosos dias, se unen en nuestra imaginacion con el regreso de Pablo y Virginia volviéndose juntos, conducidos por su leal negro, llenos de juventud, esperanza y amor,

y entregándose con confianza á la vida cuyas tormentas iban á anonadarlos muy en breve.

Todo se enlaza en la naturaleza, desde que se destierra de ella la ficcion; y los escritos deben imitar la armonía y union de la naturaleza. Generalizando la filosofia mas las ideas, da mas sublimidad á las imágenes poéticas. El conocimiento de la lógica nos hace mas idóneos para hacer hablar la pasion. Una perenne progresion en las ideas, un fin de utilidad deben darse á conocer en todas las obras de imaginacion. No se quiere ya mérito ninguno relativo, y aun no se toma ya interes en las dificultades vencidas, cuando ellas no sirven en nada para los adelantamientos del ingenio humano. Es necesario analizar al hombre ó perfeccionarle. Las novelas, la poesia, las composiciones dramáticas, y los escritos cuyo único objeto al parecer es interesar, no pueden lograr este objeto mismo mas que dirigiéndose á un fin filosófico. Las novelas que no presentaran mas que sucesos raros, quedarian abandonadas prontamente. La poesia que no encer-

rara mas que ficciones, los versos que no tuvieran mas que gracia, fatigarían los espíritus ansiosos, ante todas cosas, de los descubrimientos que pueden hacerse en los impulsos y genios humanos.

El desenfreno de las pasiones que las guerras intestinas acarrearán, no deja subsistir mas que una sola curiosidad, la que hacen experimentar los escritos que penetran en los pensamientos y afectos del hombre, ó sirven para darnos á conocer la fuerza y direccion del vulgo. No está uno pues curioso mas que de las obras que pintan los genios, que los ponen de cualquier modo en accion, ni admira mas que los escritos que dan progreso en el corazon humano al dominio de la exaltacion.

Examinando el célebre metafísico alemán Kant la causa del recreo que hacen experimentar la elocuencia, las bellas artes, y todas las obras maestras de la imaginacion, dice que este recreo depende de la necesidad de dilatar los límites de la suerte humana; una conmocion vaga, un elevado afecto hacen

olvidar por algunos momentos aquellos límites que reducen dolorosamente nuestro corazon; se recrea el alma en la sensacion indecible que lo que es noble y perfecto produce en ella; y desaparecen los límites del mundo cuando se abre la inmensa carrera del ingenio y virtud á nuestra vista. En efecto, el hombre superior ó el sensible se sujetan con esfuerzo á las leyes de la vida; y la imaginacion melancólica nos hace dichosos por un momento, moviéndonos á cavilar en lo infinito.

El tedio de la existencia, cuando él no inclina hácia el abatimiento, cuando deja subsistir una admirable inconsecuencia, el amor de la gloria, el tedio de la existencia puede producir grandes primores de afectos; todo se contempla desde una cierta altura, y con una tintura fuerte se pinta todo. Entre los antiguos, era uno tanto mejor poeta, cuanto mas fácilmente se hechizaba la imaginacion. En nuestros días la imaginacion debe estar tan desengañada de la esperanza como la razon; así es como esta imaginacion filó-

sofa puede producir tambien grandes efectos.

Es necesario que en medio de todas las pinturas de la prosperidad misma, un recurso á las reflexiones del corazon nos dé á conocer al meditador en el poeta. En la época en que vivimos, la melancolía es la verdadera inspiracion del talento; el que no se siente poseido de este afecto, no puede aspirar á una superior gloria como escritor; y se halla comprada á esta costa.

No considerando últimamente, en el siglo del mundo mas corrompido, las ideas de moral mas que bajo el aspecto literario, es una verdad el decir que no puede producirse ningun efecto notabilísimo con las obras de imaginacion, mas que dirigiéndolas segun el espíritu de la exaltacion de la virtud. Hemos llegado á un periodo que se asemeja, bajo ciertos aspectos, al estado de los talentos en el momento de la ruina del imperio romano, y de la invasion de las naciones del Norte. En aquel periodo, necesitó del entusiasmo y austeridad el género humano. Cuanto mas depravadas son ahora las cos-

tumbres de Francia, tanto mas inmediatos estamos á cansarnos del vicio, y á irritarnos contra las interminables calamidades anejas á la inmoralidad. La inquietud que nos consume, acabará con un afecto vivo y resuelto, de que los grandes escritores deben apoderarse anticipadamente. No está remota la época del regreso á la virtud; y el ánimo está ya ansioso de las ideas honradas, si la razon no las ha hecho triunfar todavia.

Para tener acierto con las obras de imaginacion, es necesario quizas presentar una indulgente moral en el seno de las costumbres rígidas; pero en medio de las costumbres corrompidas, la pintura de una moral rígida es la única que sea necesario presentar constantemente. Esta máxima general es todavia capaz de una mas particular aplicacion á nuestra edad.

Mientras que la imaginacion de un pueblo está dirigida hácia las ficciones, pueden confundirse todas las ideas en medio de las extrañas invenciones de la fantasia; pero cuando el dominio que le queda á la imaginacion,